

## RECENSIONES

RENÉ KALISKY: *Le monde arabe*. Marabout Université, París 1968. Dos volúmenes, 308 y 371 págs.

Cuando se aborda con enfoques internacionalistas el conjunto de los Estados nacionales y los territorios sueltos marginales que ahora se conocen con la denominación común de «mundo árabe», aparecen casi siempre varias contradicciones. Una de ellas es la de querer estudiar separadamente lo histórico medieval y lo actual contemporáneo. En realidad, los países ahora llamados «árabes» se definen sobre todo por el uso del mismo idioma; y en la ideología panarabista participan dirigentes de varias creencias religiosas o, incluso, sin ninguna creencia; pero el fondo de los impulsos de lo «árabe» moderno conserva la estructura de sus orígenes islámicos o musulmanes. Ahora bien, lo que más caracteriza al Islam es su continuidad interna. El Islam no admite las separaciones de épocas ni las dictaduras del tiempo cronológico. La mejor definición de toda la civilización islámica sigue siendo la del historiador y sociólogo hispano-tunecino Ibn Jaldún, cuando escribió: «El porvenir se parece al pasado más de lo que el agua se parece al agua.» El arabismo de nuestros días, que tomó su forma más activa desde el año 1945, no puede explicarse sin recurrir al otro arabismo de los imperios-jalifatos anteriores al Sultanato turco de Estambul.

Para establecer o restablecer la necesaria continuidad, una de las obras más útiles es la reciente de René Kalisky, en la cual la evolución internacional de los árabes, los arabizados, los neo-árabes y la arabidad en general, queda perfectamente resumida y aclarada. Es casi como una enciclopedia apretada del devenir arábigo, donde para la aportación y selección de datos su autor ha contado con el apoyo y las orientaciones de diecinueve orientalistas especialistas de expresiones francesa y árabe. El primer tomo agrupa sus capítulos bajo el subtítulo «Impulso y declinar de un imperio». El segundo lo hace alrededor de «El despertar y la busca de la unidad». En ambos el empeño de mostrar lo constante de las líneas evolutivas del arabismo y los pueblos que lo siguen, trata de llenar una necesidad de información y coordinación que se venía sintiendo con urgencia. O sea la de analizar los acontecimientos contemporáneos internacionales que se acumulan en el Cercano Oriente y el Norte de Africa, a la luz de la Historia del pasado y de las raíces de sus impulsos más remotos.

Esto no significa una sumisión de las evoluciones de ahora al peso de las normas más tradicionales y remotas, sino precisamente todo lo contrario. No se trata de apoyarse en el pasado para coaccionar sobre el presente, sino de aprovechar el presente para dar al pasado todo el sentido que buscaba y no

siempre pudo encontrar. Es algo así como tratar de escribir una historia que no sea desde atrás hacia delante (por una sucesión de etapas que se van agotando y superando); sino una vaivén entre el ayer, el hoy y el mañana, buscando los impulsos más que los resultados provisionales.

La primera mitad de la evolución fue o ha sido la transcurrida desde las diferenciaciones de pueblos dentro del semitismo, hasta el crepúsculo de ruptura y olvido que iniciaron la creación del Imperio turco otomano, y el fin de la civilización árabe-occidental de España con Marruecos. En dicha primera mitad, las grandes etapas señaladas por René Kalisky son la del crisol del desierto y el semitismo; los senderos del Islam con la lengua y la religión; la conquista árabe y su sociedad pluralista; la incorporación de pueblos y los problemas de las sectas; la vida social; la organización estatal y militar; las cruzadas, los mongoles y el otomanismo. Luego, una revisión de los valores logrados en una civilización sintética que destacó por sus capacidades de asimilación e irradiación.

La segunda mitad de la continuidad evolutiva comenzó enlazando con lo anterior (aunque de un modo al principio instintivo, luego clandestino y, al final, de reacción declarada) cuando al decaer el Imperio de Estambul fue surgiendo dentro de él un nuevo arabismo. Primero con unas formas de islamismo puritano frente al «hombre enfermo» de Constantinopla. Luego apareció Napoleón Bonaparte, que en Egipto fue un inesperado reactivo. En los finales del siglo XIX, triunfó la «Nahda», es decir, el «Renacimiento» neo-arábigo de impulso cultural. Con la primera Guerra Mundial surgió en Arabia la que se apodó «revolución del desierto». Más tarde las influencias británicas y francesas, seguidas de las presiones del Eje, y al final de la U. R. S. S., fueron poniendo a los árabes en las nuevas encrucijadas mundiales. Todas aquellas etapas las trata minuciosamente el libro de Kalisky, añadiendo otras muy expresivas sobre los efectos del Estado de Israel; los ejemplos de Egipto; los movimientos de «liberación»; la pugna entre lo conservador y lo progresista; la política de las Conferencias cumbres; la guerra de los Seis Días, y lo que ha seguido con tanta tensión que algunos lo califican de «pausa entre dos revoluciones».

Esta última frase se refiere a las tendencias colectivas y popularistas que tienden a predominar sobre las de los cuadros dirigentes, aislados o especializados. Ha de tenerse en cuenta que (como recuerda el referido libro de historia coordinada) los conceptos árabes de «pueblo» y «nación» proceden de unas raíces islámicas particulares. Así se recuerda que «le peuple n'est pas, comme en Occident une addition de citoyens». El concepto árabe del pueblo y la nación tiende a ser el de la «comunidad de lo que agrupa el mismo espíritu» (espíritu en este caso nacionalista); lo cual es una modernización del concepto de la *Umma* o comunidad religiosa musulmana. Aunque algunos de los principales definidores del panarabismo del siglo XIX y el XX hayan sido cristianos.

La influencia del islamismo clásico en los movimientos de masas contemporáneos procede de que los encuadramientos del islamismo, desde Mohammed y sus sucesores, fueron los de unos sistemas totales de vida donde los preceptos religiosos se mezclaban con las ordenaciones estatales, sociales, laborales, familiares, etc. Además de influir sobre el folklore, la indumentaria, el arte, la alimentación, etc. Así hay una tendencia a que hoy en el mundo árabe los asuntos no-islámicos se presenten o se encuadren dentro de unas armazones que proceden del Corán.

Parece ser que dichas armazones, al sobrevivir bajo movimientos de nombres tan internacionalistas como el del socialismo árabe, en la R. A. U., Siria, Argelia, etc., inclinan la evolución futura del mundo árabe de hoy hacia

## RECENSIONES

la desaparición de los cuadros dirigentes teocéntricos y oligárquicos. Hasta ahora, esos dirigentes venían empeñándose en que sus pueblos se resignasen al progreso modernizador, pero sin ir demasiado lejos. Así tendían a quitar a lo islámico su carácter de acicate moral y espiritual para reducirlo a un instrumento de ajuste estatal; es decir, hacer de lo religioso un instrumento de resignación o un recurso de policía. Los movimientos puritanos, como el del socialismo islámico de los Jeques del Azhar; el socialismo de autosugestión norteafricano; el extremismo de los «hermanos musulmanes», y otros parecidos, constituyen reacciones contra los residuos internos de atraso. Hay, sin embargo, un orientalista e islamista insigne, es decir, el profesor parisiense Maxime Rodinson, que hace notar cómo el Corán reaccionó contra el fatalismo preislámico, y cómo de hecho impulsaba la acción.

A este juicio favorable del profesor Rodinson (que por cierto es de origen judío) puede añadirse la observación de Kalisky sobre los errores que en alguna prensa europea occidental se cometieron cuando, tras la derrota de tres países árabes frente a Israel en junio de 1967, se trataba de explicar que dichos países sentían dificultad para manejar ciertas nuevas técnicas, sobre todo las militares e industriales, en virtud de ciertos fatalismos de sus razas, sus climas, sus ideales y sus herencias. En realidad, dichas opiniones caprichosas olvidaban el factor de retraso que sobre varios países árabes de hoy han producido los impactos de las ocupaciones colonialistas. Sobre todo cuando los predominios políticos de las potencias extranjeras se han prolongado por las pesadas concesiones económicas, como las de los petróleos.

Los análisis de las opiniones de los expertos orientalistas que se recogen o confluyen en el libro *Le monde arabe* no tratan de demostrar que (según el estado actual de nuestros conocimientos) si no se hubiesen producido las conquistas coloniales, las sociedades musulmanas habrían engendrado unas formaciones técnicas del tipo europeo-americano. Pero tienden a subrayar que no hubiera sido imposible que las hubiesen engendrado si hubiesen dispuesto de tiempo y margen para disponer de sus propios recursos.

Al final una de las consecuencias que parecen deducirse del análisis del arabismo en marcha, siglo tras siglo, se enumera del siguiente modo: «Que se haga en el Islam o fuera de él, el hombre árabe debe poder abandonar su actitud de sumisión, así como la afirmación gratuita de su originalidad (aisladora). Pero esto no se hará más que el día en que la revolución impregnará su conciencia como un valor autónomo que ningún otro valor puede impugnar.» Así el destino del conjunto de pueblos y fondos raciales que hoy forman un «mundo árabe» determinado predominantemente por el idioma, parece depender más de una vocación voluntaria que de una determinación obligatoria.

Rodolfo GIL BENUMEYA

LEANDRO RUBIO GARCÍA: *Hacia un nuevo orden internacional*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1968, 744 páginas.

La Humanidad atraviesa por un momento de crisis y, por consiguiente, nada tiene de extraño que políticos, juristas, sociólogos y filósofos se enfrenten con el difícil problema de determinar la nueva concepción del hombre. Parece lógico que, al mismo tiempo, se efectúe el replanteamiento de las instituciones que reglan la vida humana. No es acertado ofrecer una nueva imagen del hombre y pretender someterla a los predicados de la vieja política, de la vieja concepción jurídica o filosófica. El autor de este libro, destacado internaciona-

## RECENSIONES

lista, estudia en estas páginas la posibilidad de instituir formalmente un nuevo Derecho internacional, mejor aún, la posibilidad de entronizar un nuevo concepto de la alta política internacional. Para llegar a la conclusión final del libro: *El reconocimiento de una Autoridad mundial*, se ha visto precisado a hacer un detenido análisis de los principales acontecimientos político-sociales ocurridos en nuestro tiempo. Ellos, en realidad, se constituyen en los auténticos protagonistas de este voluminoso ejemplar en donde, como veremos, con orden claridad y detenimiento, se pasa revista a los cambios operados en la convivencia política internacional de nuestro tiempo.

El autor inicia su libro con una profunda investigación acerca de *los elementos típicos de la escena internacioanl contemporánea*. ¿Qué es lo que ocurre en nuestra hora? Entre otras cosas, responde el autor, que se especula sobre la crisis que atraviesa el mundo. Podemos observar—seguimos el pensamiento del profesor Rubio García—que el fenómeno de desintegración y desorientación universal en la actualidad se moldea bajo el impacto de un copioso repertorio de cargas de diferentes magnitudes, pero todas ellas de gravedad manifiesta. ¿Cuáles son las que más contribuyen a tipificar la arena interestatal contemporánea? De la citada mole de temas enunciados por la crítica—la crítica consciente—de lo internacional, nos es dable escoger los más significativos elementos de la escena mundial de la postguerra. Según el profesor Rubio García son los siguientes: *los adelantos en las técnicas bélicas, el surgimiento de las Superpotencias, la desintegración del colonialismo occidental y la aparición de múltiples y frenéticos nuevos Estados* y, a la par, *el auge del nacionalismo, y la lucha de clases a escala internacional, derivación del subdesarrollo*.

Sobre estos ingredientes el autor justifica la sugestiva investigación llevada a cabo a través de estas páginas. Por otra parte, inspirándose en la venerable figura de Juan XXIII, considera que, en cierto modo, el problema más importante de nuestro tiempo es el de *las relaciones Estados desarrollados-Estados subdesarrollados*.

Metodológicamente el libro comprende cinco amplias partes, lo que, claro está, nos obliga a sintetizar excesivamente las concepciones ideológicas del autor y a no detenernos con la suficiencia precisa en aquellos extremos más importantes. Los temas estudiados por el autor, por orden de inserción en el libro, son los siguientes: *La potencia nuclear y el fenómeno bélico; superpotencias y escena internacional; un mundo de nacionalismo; el subdesarrollo como factor de la dinámica internacional*, y, por último, *¿un orden mundial?*

Dentro de la primera parte de la obra, el profesor Rubio García—concretamente en el apartado dedicado a *La guerra nuclear y la conciencia*—, considera que «se da la circunstancia de que, en el campo del pensamiento y de la política, se continúa discutiendo como cuando la guerra estaba 'permitida'». Quiere decir esto, entre otras cosas, que ha habido un progreso técnico mucho más rápido y efectivo que un progreso cultural, precisamente, por esto el único argumento válido y eficaz hasta el momento para justificar la guerra sigue siendo el de *la legítima defensa*. Siguiendo el pensamiento de Rommen, el autor expone que «el Estado es mortal; su fin es finito y temporal. Si la realización de este fin se hallara gravemente en peligro por agresión no provocada, entonces, de hecho, el Estado no tiene otra elección. No sólo tiene el derecho de defenderse en guerra, sino el deber de resistir; un deber para sí mismo y para la forma política que constituye su existencia, así como también un deber para con el orden internacional, que solamente funciona mientras los diversos Estados sostengan su independencia al realizar el orden del bien nacional común».

Ahora bien, el auténtico problema de conciencia surge cuando se trata de traducir esa idea de *legítima defensa* empleando para ello *las armas nucleares*

## RECENSIONES

actuales. Por ello, siguiendo la concepción doctrinal del P. John Farraher, S. J., el autor expone que, ciertamente, «la cuestión reside en saber cuál es el mayor mal: la destrucción física y sufrir la guerra nuclear o la dominación comunista. Creo que la inmensa mayoría de las autoridades en teología moral están de acuerdo en que la dominación comunista es definitivamente el mayor mal». El profesor Rubio García traduce admirablemente el mensaje del destacado jesuita al pensar que «más vale morir por la libertad sobre nuestros pies que vivir sobre las rodillas como esclavo».

Dentro de la segunda parte de la obra es importante meditar sobre las acertadas consideraciones que el autor hace de *el valor de la coexistencia*. Y, en efecto, la «coexistencia» aparece como un fenómeno típico de nuestro tiempo y, por ende, lo que debiera, en buena lógica aparecer como algo normal y propio del grado de civilización de la hora actual del mundo, sin embargo, no lo es. ¿Cuál es la configuración de la coexistencia? Esta pregunta exactamente trata de contestarla el autor al analizar cada uno de los ingredientes que constituyen su contenido. Caigamos en la cuenta—dice—de que si ha podido asegurarse que entre la fase de la guerra fría y la de la coexistencia las diferencias han sido de grado y de vocabulario, hay una característica clave de la coexistencia: está supone e implica el *statu quo* en los grandes puntos vitales del despliegue mundial de las Superpotencias. Por eso, ha de tenerse presente que el trasfondo de la coexistencia es una enorme lucha de clases de dimensiones geopolíticas.

Coexistencia, pues—concluye el profesor Rubio García—, *bajo el signo constante de la política y de la hostilidad*. Y coexistencia que implica el centrarse los conflictos sobre concepciones diferentes de la vida del hombre en la sociedad. Por eso, lo que urge dejar sentado aquí, afirma el autor, es que en la fase presente «una cierta forma de lucha ha venido a ser *permanente y consustancial* con las relaciones políticas de los Estados».

Otro de los principios políticos internacionales de nuestro tiempo es, naturalmente, el referente al movimiento de la autodeterminación. Muy avanzado el siglo XX los pueblos se han dado cuenta de su mayoría de edad y han hecho todo lo posible por autogobernarse sin pensar en los inmensos problemas que una precipitada emancipación trae consigo. Dice bien el profesor Rubio García cuando afirma que «la noción de independencia política resulta difícil de definir. Ella es vecina a la de soberanía, noción también imprecisa».

No es, sin embargo, el lograr la definición adecuada del concepto «independencia» lo que más preocupa al autor de este libro. La preocupación del profesor Rubio García gira en torno de la forma y manera con que ha de aplicarse ese principio, esto es, la apreciación que la técnica jurídica hace del mismo. Esta cuestión, señala, es más importante de lo que parece y, especialmente, dada la actualidad de la cuestión en el universo contemporáneo, pues, el tema de la «autodeterminación» es oreado desde los puntos más diversos. ¿Es realmente nuevo este movimiento? De conformidad con el pensamiento del profesor Clyde Eagleton—oportunamente citado por el autor de estas páginas—, «nunca antes de ahora una comunidad organizada de las naciones había sido llamada a decidir—más en virtud de un principio que por la fuerza— que un grupo tiene derecho a la independencia, o a la autonomía, o a la soberanía económica, o a todo lo que puede entender este grupo por autonomía».

Advierte, desde otra perspectiva, el profesor Rubio García, que en la actualidad suelen darse no pocas consideraciones doctrinales de la «autodeterminación» y del «derecho a la misma» por parte de los seguidores de la Ciencia del Derecho y de las Relaciones Internacionales. Así, por ejemplo, en el sentir de Kelsen, la autodeterminación de los pueblos designa usualmente un principio de política interna, el principio del Gobierno democrático.

## RECENSIONES

Luego del análisis de esta cuestión a través de la Carta de la Naciones Unidas el autor se fija con muchísima atención en *La Resolución 1514*, en la que se proclama «la necesidad de poner fin rápida e incondicionalmente al colonialismo en todas sus formas y manifestaciones». Aunque la fortuna de esta Resolución no ha sido todo lo espléndido que hubiera sido de desear, sí, como advierte el profesor Rubio García, proporciona ya apoyo a los movimientos de independencia que se desarrollan en ciertos territorios.

Sin embargo, esta cuestión sigue preocupando, puesto que, aunque la autodeterminación no se suele conceder sin una previa madurez en lo político y en lo económico, no existe, hasta el momento, un método claro y determinante que garantice esa mayoría de edad tanto en lo político como en lo económico. Por eso se ha dicho, escribe el autor—a la vista de la trayectoria nacionalista de los últimos tiempos—, que el sentido del principio de libre autodeterminación de los pueblos no es dado ya por el principio de las nacionalidades como lo entendió Wilson y como, poco más o menos, fue practicado en Europa. Hoy el principio actuante tiene la base no en la nación, sino en aquello que puede llamarse un *proyecto nacional*.

Líneas más adelante del problema anteriormente expuesto el profesor Rubio García reflexiona sobre la relación palpable que hoy existe entre «autodeterminación» y «época técnica». «Pocas tareas—dice—pueden ser más importantes en la escena internacional que el problema de la ordenación jurídica de la estabilidad territorial y del cambio territorial.» Se ha llegado a decir—subraya el autor—que en tal cuestión reside el corazón de todo el problema de la ordenación jurídica de la sociedad internacional. Se trata, en esencia, de armonizar—en el tecnificado universo de nuestra hora—la demanda en pro de la herencia cultural, de la lengua y del suelo con las exigencias de la convivencia internacional.

En definitiva, según el profesor Rubio García, el problema se concreta en la forma de armonizar la presencia de unidades estatales, orgullosas, desconfiadas y estancas, con las demandas—y, en particular, con las demandas materiales—hechas por el hombre masa de mediados del siglo XX.

Antes de entrar en la exposición del tema *El Subdesarrollo como factor de la dinámica internacional*, objeto de profundo estudio en la cuarta parte del libro, creemos necesario advertir que una importante función del moderno Derecho Internacional que, a la vez, comparte con la Ciencia Política es la de poner en claro los elementos del malestar y la indiferencia político-social del hombre contemporáneo. Precisamente por esto cabe preguntarse: ¿Están haciendo algo estimable los llamados politicólogos? Idéntica pregunta, a nuestra forma de ver, es susceptible de hacerse en relación con los internacionalistas.

Por lo pronto, si la tesis expuesta por el profesor Rubio García es cierta, se ha tardado veinte siglos en detectar el problema del *Subdesarrollo de los pueblos*: Pues si el problema existe desde el origen de la Humanidad—argumenta el autor—, la conciencia de él ha surgido recientemente—en una época técnica de abolición de distancias—. Y, desde hace un decenio—añade—, el subdesarrollo ha pasado a la primera fila de la actualidad mundial, pasando a ser objeto de innumerables libros, de voluminosos informes, de tema de organizaciones internacionales, de coloquios científicos, de conferencias culturales... Quizá el problema ha alcanzado su cúspide máxima cuando Su Santidad Juan XXIII lo elevó a objeto de su sereno estudio en la encíclica *Pacem in terris*. Lo que ha movido a un destacado escritor contemporáneo a afirmar que «la desigualdad existencial o histórica de los Estados es otro hecho que Juan XXIII constata entre los que la verdad descubre. No se trata de diferencias objetivas; mientras una gran parte de las comunidades políticas incorpora masas hambrientas—el proletariado de las naciones—, otros Estados

## RECENSIONES

integran sociedades evolucionadas, con alto nivel de vida, de civilización y de cultura. El violento contraste ciega aquella primera verdad de la igual dignidad natural de las naciones. De modo similar a como en el seno de comunidades nacionales las diferencias entre hombres—por razón de la pertenencia a una clase—hacen olvidar la fraterna igualdad cristiana, los grupos políticos—concurriendo en la comunidad internacional—oscurecen el supremo principio de la identidad de origen y de fines de toda especie humana».

El gran público entiende que país subdesarrollado *es un país en estado de pobreza, en estado de miseria, que se combina con el estancamiento económico, la inestabilidad política, la corrupción.* Una definición muy pragmática—escribe el profesor Rubio García—ha sido ésta: país insuficientemente desarrollado es aquel en el cual el nivel de vida de la población resulta netamente muy inferior al conocido por las poblaciones de los Estados Unidos, del Canadá y de la Europa Occidental. Desde el punto de vista técnico, el profesor Sauvy—citado por el autor de este libro—ha dicho que el *test* del estado de desarrollo se compone de: alimentación insuficiente, fuerte mortalidad, alto índice de natalidad, gran proporción de población agrícola, subempleo crónico, debido a una insuficiencia de medios de trabajo; intenso porcentaje de analfabetismo, situación de inferioridad de la mujer, trabajo infantil, ausencia—o debilidad—de clases medias, falta de instituciones verdaderamente *democráticas*...

El lector, a la vista de cuanto antecede, puede formar su opinión sobre la definición que mejor conviene a la expresión inquieta y elocuente de «subdesarrollo», puesto que, como muy bien puntualiza el autor, sean unos u otros los determinantes, o todos ellos, estamos ante *el círculo vicioso de los países subdesarrollados: débil renta, débil ahorro, débil inversión, débil productividad, etcétera.*

¿Dónde, pues, radica la solución del subdesarrollo? Según se desprende de la compulsación de opiniones muy autorizadas el problema no consiste en la lucha del hombre con la adversidad que la propia Naturaleza pone ante sí. El problema entraña y comprende todo un trasfondo político, a saber: la accidentada relación entre los desheredados y los poderosos. Por eso, a nadie puede extrañar que la inestabilidad política del Tercer Mundo—como acertadamente advierte el profesor Rubio García—tiene por orígenes, en primer lugar, la falta de una idea de nación, y, en segundo lugar, la imitación de los regímenes políticos occidentales. En todo caso, según se desprende de estas páginas y de los acontecimientos que cada día recoge la prensa diaria, el problema del subdesarrollo sigue en pie y se hace difícil encontrar, a corto plazo, una solución adecuada, puesto que *los programas de ayuda* son, en realidad, un argumento político poco convincente: «La ayuda puede... aparecer como una operación política a la que se entregan diversos países para asegurarse diversas ventajas de carácter estratégico o político.»

Llegamos por último a la cuestión más palpitante del libro: la determinación del *nuevo orden internacional*. «La paz sobre la tierra—objeto del profundo deseo de la Humanidad de todos los tiempos—no puede afirmarse más que en el respeto absoluto del orden establecido por Dios.» Ahora bien; tenemos—según el autor—que tal disposición de los seres iguales y desiguales, atribuyendo a cada uno el lugar que le corresponde, «contrasta dolorosamente con los desórdenes que enfrentan a los individuos y a los pueblos, como si sólo la fuerza pudiera regular sus relaciones mutuas». Naturalmente, este doloroso contraste nos impele a descubrir—en la naturaleza humana—la mejor manera de relacionarse las diversas comunidades políticas—sus derechos y deberes recíprocos—con la Comunidad mundial.

Pues bien, contemos—argumenta el profesor Rubio García—con que la misma ley que rige la vida de los hombres debe regular también las relaciones

## RECENSIONES

entre los Estados, y que es el orden moral el que postula en toda sociedad la presencia de una autoridad, la cual debe ejercerse en beneficio del bien común universal.

Y he aquí que en nuestra hora se vuelve la vista a un *nuevo Orden internacional*. Claro está que aspirar a la *reconstrucción del Orden internacional* implica llegar al núcleo de los nuevos tiempos: desde la existencia de un mundo subdesarrollado—pletórico de problemas, complejos, aspiraciones y esperanzas— a la mentalidad optimista del progreso por el progreso.

Culminan estas páginas con un delicioso canto a la esperanza, al mutuo entendimiento entre los hombres y los pueblos y, sobre todo, procurando olvidar todo lo innoble de la existencia humana. Por eso, se pregunta el profesor Rubio García: ¿Se acertará a aprender, en la órbita de lo *internacional*, lo que implica la innoble unión entre la *deshumanización*, la *tosquedad intelectual* y la *guerra exterminadora*?

José María NIN DE CARDONA

MICHEL STURDZA: *The Suicide of Europe*. Boston-Los Angeles, 1968, Western Islands, LXV, 331 págs.

«El suicidio de Europa» es una obra que constituye las «Memorias» del que fue ministro de Asuntos Exteriores de Rumania, el príncipe Michel Sturdza, además, autor de varios libros de resonancia internacional. En este caso, el peso de las exposiciones toca al período de la Segunda Guerra Mundial. En cierto modo, pudiéramos considerar al autor como apóstol del anticomunismo, desde la creación del propio régimen soviético, en 1917, hasta ahora, ello no solamente en relación con su país de origen, Rumania, u otros Estados del Este europeo, sino que se refiere al resto del Viejo Continente, y, en último término, al mundo entero. Cosas claras: ¿es anti o procomunista el Occidente? Ya no se trata de «estar», sino de *ser*, pase lo que pase, como diría el hombre de la calle. ¿Existe, entonces, el peligro comunista para la Humanidad, es decir, en contra de la Humanidad? Sin duda alguna. Por eso, el «Suicidio de Europa», suicidio que tiene sus raíces en la Europa occidental y ahora se pone en práctica desde la Europa oriental, debería ser un problema de más preocupación de lo que es. Desgraciadamente, no es así. Se confunde con sorprendente facilidad el arte de guerra con el de política. Confusión completa. No hablemos de la ideología...

Lo cierto es que el comunismo existe y hay que darse cuenta de esa realidad, si es que se pretende combatirlo todavía, y en las circunstancias presentes del acontecer internacional, en general, y nacional, en particular, desde el punto de vista de cada uno de los pueblos que se ven amenazados en su existencia. El grito que nos viene de ese noble rumano, autor del presente libro, es más que actual. Los comunistas hablarán sin cesar de la «verdadera» democracia, pero lo cierto es que nunca podrán aplicarla. La invasión de los países de Checoslovaquia, del 20 al 21 de agosto de 1968, es una lección que no debería olvidarse, en este sentido. Lo trágico es que ya se ha olvidado este hecho... Spengler no pudo decir más de lo que dijo, y en tal caso hay que reconsiderar los principios que rigen la vida tanto nacional que internacional de los pueblos. Porque el «suicidio de Europa» no es un mito, sino casi una realidad, lo cual quiere decir que Europa tiene todavía alguna posibilidad de reencontrarse a sí misma: precisamente en contra del espectro comunista que adoptando formas occidentales la técnica y táctica de lucha «dialéctica» intenta minar el pro-



## RECENSIONES

greso de los pueblos en nombre de otro progreso—progreso «final»—, que, al parecer, no tiene nada que ver con ilusiones.

Durante veinticinco años, el autor sirvió a su país en diferentes puestos diplomáticos en el extranjero. Mejor que nadie conoce la situación internacional de su época que, directa o indirectamente, es su coforjador. Debido a un violento conflicto con el entonces rey Carol II y su Gobierno, Sturdza no aparece en la escena política rumana hasta 1940, cuando es nombrado ministro de Asuntos Exteriores hasta el final de la segunda Guerra Mundial. Insistimos, el autor, como rumano, se centrará, en primer lugar, en los problemas de su propio país. Sin embargo, quien conoce a las principales obras salidas de aquel país se dará cuenta de que los más destacados cerebros de Rumania nunca se consideraban como país, pueblo, nación o Estado «extraeuropeos»; al contrario, y como menos, un pueblo danubiano, centroeuropeo, concretamente, y es imposible negarlo. Rumania es, todavía, Europa. aunque algunos observadores de la Historia y de la política internacional no estén de acuerdo con nosotros.

Sturdza, por muy rumano que fuere, va más lejos. A pesar de su patriotismo se está perfilando, precisamente a través de su propia obra, como europeo. No se le podrá negar la condición de sentirse, junto a sus compatriotas, como centroeuropeo hasta las posibles consecuencias de constituirse, un día, la cuenca danubiana en una Confederación de naciones—en condiciones de absoluta igualdad de derechos y obligaciones—frente al auténtico y siempre peligroso Este de «Europa», que en las condiciones actuales es la U. R. S. S.

En realidad, las «Memorias» de Sturdza se extienden a los cincuenta años de existencia del orden político y geográfico de Europa. Es una parte de la Historia europea y de la Historia universal. Le concedemos el honor de ser testigo inmediato de esta historia, pero—quizá por la diferencia de edad—no aprobamos el criterio de haberse «suicidado» Europa. Suicidio significa muerte, pero Europa vive, aún, mal o bien, pero vive. También vive Rumania, sin o con Ceausescu, vive. Y seguirá viviendo, porque las ideologías que intentan contra la razón de ser de un pueblo u otro, fracasarán. Es decir, también el comunismo ruso-soviético.

En último término, ni Europa ni Rumania se han suicidado. Han cometido errores inexcusables, pero se reencontrarán, mañana o pasado mañana, hablando históricamente, es cierto, porque no podemos creer en la victoria de las fuerzas que van contra la Humanidad.

Es una obra muy sugestiva para aquellos que tengan, todavía, interés en lo auténticamente europeo. Y mientras haya interesados en este sentido, aseguramos al príncipe Michel Sturdza que ni Europa ni Rumania desaparecerán del mapa europeo-universal. ¿Por qué debería ocurrir eso? En el fondo estamos de acuerdo con el autor del presente libro, sólo que—y hay que ponerlo de relieve—Sturdza ve las cosas tal como son. Por eso, advierte. Aquí está su obra. ¡Que el propio lector la enjuicie! Nosotros la recomendamos. Porque no es sólo un rumano, sino uno de nosotros quien habla. Vale la pena ojear esta obra.

Stefan GLEJDURA.



## NOTICIAS DE LIBROS

HEBERT FELDMAN: *Revolution in Pakistan*. London, Oxford University Press, 1967. 242 páginas.

La República del Pakistán, con sus ciento siete millones de habitantes (entre los cuales más de noventa millones de musulmanes) es sin duda el mayor país vinculado al Islam; pero también uno de los «Estados macizos» de Asia. La evolución pakistaní se opera, por tanto, en dos sentidos principales simultáneos; o sea, el que la encuadra dentro del semicontinente indostano y el que la vincula con los países musulmanes del Cercano Oriente mediterráneo. Sin embargo, las posibilidades de enlaces y proyecciones del Pakistán hacia los diversos países del Este con los que se halla más vinculado, depende de los difíciles ajustes internos de una nación que se halla repartida (aunque no partida) en dos trozos separados por miles de kilómetros. La continuidad de los enlaces internos pakistanos ha venido consistiendo en gran parte en la solidez del poder central. Y desde hace diez años y medio el poder central es el régimen autoritario del mariscal Mohammed Ayub Jan.

A pesar del interés que despierta la figura de Ayub Jan, tanto por sus características personales como por la originalidad del sistema legislativo llamado de las «democracias básicas», apenas se han difundido estudios o exposiciones sobre la implantación y los cambios del régimen actual pakistaní. En este sentido resulta muy útil el libro del autor británico Herbert Feldman, residente en el país que es-

tudia y, por tanto, observador directo... Esta obra, aunque se titula «Revolución en Pakistán», se ocupa en primer término de estudiar las formas y el desarrollo de la administración interna y la política exterior bajo la ley marcial que rigió desde 1958 hasta la Constitución de 1962, pero de la cual quedan aún huellas en una gran severidad del poder central.

Una de las principales deducciones que Feldman manifiesta respecto a Ayub Jan y su sistema es que la ley marcial pakistana y sus prolongaciones representan sobre todo una reversión del «paternalismo» que caracterizó los métodos del Gobierno colonial británico en tiempos de la India inglesa. Fue el sistema que desarrollaron los virreyes de Nueva Delhi y que se caracterizaba por el empeño en «hacer la felicidad de los habitantes del semi-continente», pero sin consultarles sobre si esa felicidad les gustaba o les convenía. Ayub Jan, procedente de las academias militares inglesas, se formó en los métodos virreinales, que luego pudo adaptar a las peculiares particularidades de un Estado de nuevo cuño y en parte artificial, como el pakistaní. En todo caso, Feldman afirma que los propósitos iniciales de Ayub Jan no fueron dictatoriales, pues sólo se proponía recular un poco para poder saltar mejor después.

En cuanto al resto de las observaciones y las conclusiones, como, por ejemplo, algunas de las referentes a

las vinculaciones internacionales, el libro de Herbert Feldman resulta a veces demasiado parcial y subjetivo. No obstante, el conjunto de datos que aporta tiene gran utilidad como repertorio informativo. Además de presentar enfoques lógicos como cuestio-

nes tan polémicas como la de Cachemira, sobre la cual hace notar que no es un pleito de dos sectores, indio y pakistaní, sino que el juicio del pueblo cachemirano constituye el primer factor.

R. G. B.

JOHN DUMOGA: *Africa between East and West*. The Bodley Head. London, 1969. 142 páginas.

El Africa tropical al sur del Sáhara constituye sin duda uno de los sectores mundiales en los que los problemas de las estructuraciones estatales son a la vez más urgentes y más difíciles. Cuando en la mayor parte de sus países las independencias llegaron antes de lo esperado, la máxima facilidad que los gobernantes autóctonos tuvieron para relevar y reemplazar a las autoridades coloniales, fue poder aprovechar las organizaciones del funcionamiento de unas administraciones concentradas y centralizadas. Pero durante los primeros años de dichas independencias ocurrió también que muchos dirigentes políticos del Africa tropical, al ejercer el poder, se preocupaban por lo efectista más que por lo práctico, usando títulos pomposos y fomentando concentraciones de partidarios con estilo carnavalesco. Pero el éxito de los sistemas nacionales independientes está allí en realidades más sencillas, de mejora gradual y planificada en las posibilidades locales.

Ahora parece seguro que en los países del Africa negra y semi-negra los problemas africanos se resuelvan según recursos y métodos africanos. En lengua inglesa puede decirse y escribirse «... that Africa can solve her problems in her own way». Hasta ahora una de las mayores dificultades ha venido estando en que si aquellos territorios necesitan de las aportaciones económicas y técnicas de las potencias llamadas «desarrolladas», las competencias establecidas entre los sistemas «del Oeste y el Este» dificultan la práctica positiva en los Estados negros. Y uno de los mejores li-

bros recientes sobre el empeño de construir o reconstruir al conjunto africano, en paz y en orden, es sin duda el de John Dumoga.

Se trata de un destacado periodista y sociólogo de Ghana formado en las universidades norteamericanas y posteriormente director de la cadena informativa de la «Graphic Corporation Newspapers». John Dumoga expone las principales líneas políticas de los países sud-sajarianos (sobre todo respecto a las relaciones internacionales), subrayando lo difícil que es encontrar las soluciones del actual período de transición. Es un período especialmente complejo que él denomina de la «post-independencia», caracterizado porque aún no se ha superado una etapa de revoluciones, golpes de Estado y otros disturbios. No obstante, sus conclusiones finales no son nada pesimistas. John Dumoga considera que los «leaders» locales tienen que dar por terminado el hacer a sus pueblos promesas y pedirles sacrificios para programas verbales, puesto que la solución africana ha de ser aplicar valorizaciones tecnológicas sobre una escala verdaderamente internacional.

La obra del periodista y sociólogo ghanés se ocupa principalmente (dentro de varios grandes apartados) de las promesas que precedieron y acompañaron a las independencias; el socialismo africano en acción; la estrategia del desarrollo económico-social; la busca de la unidad africana; el papel de la ayuda económica como un arma ideológica; la política internacional en los Estados africanos-tropicales; el papel de la prensa en Africa; las perspectivas del futuro, etc. Todo

ello con una preferente selección entre los grandes problemas actuales, destacando primariamente los que han de resolverse entre los «leaders» y sus pueblos. En este sentido está convencido de que la primera década de independencia habrá servido para experimentar y desechar aquellos sistemas y aquellas fórmulas que no sirvan para asegurar a los pueblos africanos unos niveles de vida más amplios.

J. M. KIRSCHBAUM: *Slovaks in Canada*. Toronto, 1967, Canadian Ethnic Press Association, XVI. 470 páginas.

El problema de las nacionalidades en diferentes países no se limita tan sólo a Europa, según quisieran «probar» algunas fuentes tradicionales, sobre todo francesas y alguna alemana, sino que con «el rapto de Europa» se extiende a ultramar, por la —tan (!)— sencilla razón de que ese «rapto de Europa» no es, tampoco puede serlo, un asunto de unos cuantos países constituidos en naciones y éstas en Estados. ¿Cómo habría transcurrido el curso de la Historia universal si no hubiesen sido, precisamente, los pueblos intencionadamente «olvidados» dentro del proceso de europeización del ecumene, que han poblado al Nuevo Continente? No es propicio poner esta pregunta, aún menos hoy día, pero haciendo honor a la verdad histórica, es preciso ponerla, al menos. La respuesta definitiva depende de los «cerebros» que «han huído» de Europa y que será muy difícil recuperarlos. Aunque la Historia no se repita, por ello no deja de ser Historia. Sólo que debería servir, como mínimo, de lección a aprender.

Los grandes pueblos europeos suelen reivindicar para sí todos los derechos de la europeización del ecumene. ¿Y los pequeños? ¿Por qué se ignora la contribución irlandesa? ¿Y la de otros pueblos? ¿También la de los eslovacos? Nadie quiere saber nada de su vecino, pero al llegar la hora de «ajustes» lo del vecino es, repentinamente, suyo (!!!). ¿Por qué, entonces, no en común? ¿O es que toda la

En cuanto a la colección de manuales británicos en la cual ha aparecido la obra de John Dumoga, ha de señalarse que es la de los «Background Books», famosa por la claridad y concisión de sus libritos sobre las mayores cuestiones internacionales del momento.

R. G. B.

Toronto, 1967, Canadian Ethnic Press

culpa por la desastrosa convivencia entre los pueblos a través de la Historia ha de recaer sobre los que no han hecho sino contribuir al desarrollo de la Humanidad? Parece que la situación político-internacional de hoy es una excelente prueba de ello. Desgraciadamente.

El presente libro ha sido publicado con ocasión del centenario de la Confederación canadiense. Su autor es hoy día una de las más prestigiosas personalidades del Canadá, a pesar de ser de origen eslovaco. En esta cualidad nos ofrece una obra que en la Historia no podrá ser omitida por historiadores o internacionalistas de ningún rango. No es una obra completa, pero sí lo suficientemente orientada para que un especialista en cuestiones de nacionalidades se dé cuenta de la importancia que desempeñaron en la vida económica y política del Canadá y de los Estados Unidos los «desgraciados» inmigrantes europeos. Paralelamente, el mismo criterio es completamente válido para el subcontinente Sur de América. ¡No nos equivoquemos! Hay que aceptar las realidades tal como son, y nada más. Porque América sin Europa no sería actualmente lo que es. Es un tema de reconsideración tanto para los europeos como para los americanos de los dos subcontinentes.

En Canadá viven hoy día unos sesenta hasta setenta mil eslovacos, en su mayoría ciudadanos de la Confederación. Si a esta cifra añadimos los emigrantes eslovacos de los Estados

Unidos, y si pasamos a sumar los que viven en el subcontinente iberoamericano, especialmente en Argentina, resulta que más de un millón de eslovacos radican actualmente en tierras de Colón. En realidad, no es mucho, pero hay que preguntarse por la cifra total de eslovacos que viven en su propio país y en algunos países europeos para darse cuenta de la contribución que este pequeño pueblo ha aportado a la europeización del ecumene. Actualmente, Eslovaquia cuenta con más de 4,5 millones de habitantes, pero un millón y medio viven todavía en el extranjero, a pesar de los procesos de asimilación, aculturación, etc. Es decir, la tercera parte de una nación vive fuera de su patria, hecho que sólo los irlandeses podrán reivindicar para sí, con toda razón, además. Claro está, los pueblos «pequeños» seguirán siendo insignificantes en la Historia, aunque sí sus esfuerzos en pro de la paz mundial y en contra del comunismo internacional siempre serán «bien acogidos».

En la primera parte, Kirschbaum expone el fondo histórico y cultural de los eslovacos en Canadá, para pasar a recoger los primeros asentamientos inmigratorios de los eslovacos por los años 1880. La segunda corriente de inmigración corresponde al período de 1918 a 1938, precisamente durante la época de la «superdemocracia» de los masones Masaryk y Benes. En total, y en dirección de distintos países, durante el período de entre la guerra se instalan en Eslovaquia más de 200.000 checos en virtud de un colonialismo occidental y como «Kulturträger» para que otros tantos eslovacos tengan que abandonar su patria en busca de mejores condiciones existenciales. Buena prueba de ello son las organizaciones nacionales y eclesiásticas (católicas y grecocatólicas) de los eslovacos que echaron sus raíces en Canadá.

Después de la segunda guerra mundial eran los «refugiados políticos» los que incrementan el volumen del grupo

étnico eslovaco en aquel país. En oposición a la inmigración anterior, ésta ha sido mucho mejor preparada desde el punto de vista político, nacional, cultural y también intelectual en general. Se prolongó la vida nacional-étnica eslovaca en Canadá hasta reconocérsela de parte de las supremas autoridades canadienses como grupo de nacionalidad con méritos suficientes para formar, «a posteriori», parte de la historia de Canadá. Este hecho se debe, podemos decirlo, al autor, que es J. M. Kirschbaum.

Todas las in y emigraciones desaparecen en el «mar del ambiente natural». Sin embargo, no desaparecerán, tampoco deberían, las obras que estas migraciones habían llevado a cabo en las respectivas regiones del mundo. Organizaciones nacionales, religiosas, prensa y emisiones radiofónicas, todo eso es un argumento para escribir la Historia tal como es, que es la Historia de todos los pueblos de Europa, a pesar de las humillaciones que se le están proporcionando de parte de sus enemigos.

En cuanto a América-Norte, al Canadá, al subcontinente iberoamericano, los respectivos grupos étnicos o nacionales desaparecerán por completo en su tercera o cuarta generación, pero —repetimos—no podrán ser ignoradas las obras que habían aportado los pueblos europeos al desarrollo del Nuevo Mundo.

Hay pocas obras de esta índole. Kirschbaum ha hecho en este sentido lo que nadie habría esperado: recoger la historia de un grupo étnico que forzosamente está destinado a fundirse con la naciente nación canadiense. Algo quedará para las futuras generaciones. Y este «algo» es siempre más que nada. Los eslovacos de Canadá podrán ser agradecidos por la obra que se refiere, precisamente, a ellos, a su vida, a su existencia y sobre todo a sus creaciones a favor del progreso de la Humanidad.

S. G.

GÜNTHER WAGENLEHNER: *Eskalation im Nahen Osten*. Stuttgart-Degerloch, 1968, Seewald Verlag. 284 páginas.

La guerra de los «Seis Días», iniciada el 5 de junio de 1967 entre los países árabes y el Estado de Israel, tiene sus antecedentes, que el autor define como una «Problemática política y psicológica de un conflicto», y que, en todo caso, contaría con dos fases de «escalación psico-política»: del 7 de abril al 15 de mayo de 1967 y luego del 16 de mayo al 5 de junio de 1967. Sólo que el conflicto israelí-árabe es, en realidad, una controversia entre las dos principales potencias mundiales, entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Claro está, remitido a un sector bien determinado, el Oriente Medio, en donde cada una de las partes en disputa intenta probar su eficacia bélico-convencional. Dicho con toda claridad, los pueblos y los países o Estados pequeños siguen siendo objeto de las especulaciones políticas y estratégico-militares de los «grandes». Por muy triste que fuera, ésta es la realidad, a pesar de intentar un internacionalista u otro de evocar, una vez más, el respeto a los más fundamentales principios que deberían regir al llamado Derecho internacional. Entonces, ¿existe o no tal Derecho «internacional»? Parece que no, y la guerra de los «Seis Días» es buena prueba de ello.

Europa como tal, entiéndase la Europa occidental, se comportó durante aquel conflicto más bien neutralmente. ¿Por qué? La respuesta no es sencilla, pero desde el punto de vista político-internacional, y aún más desde el de la «seguridad europea», sí—y hay que decirlo—la afecta casi directamente. El conflicto del Oriente Medio no está superado; tampoco Europa podrá comportarse, en caso de nuevas controversias, neutralmente. Porque este asunto le atañe mucho más que el de la gue-

rra de Vietnam. Es sólo una ilustración. Las posturas que han adoptado en la «escalación» psico-política y durante la guerra de los «Seis Días» los dos bandos (occidental-norteamericano y oriental-ruso-soviético, con divergencias de una u otra índole dentro de cada uno de ellos) evidencian el hecho, ya casi conocido por los internacionalistas, de que la paz—o el peligro de una guerra a gran escala—es un problema de Washington y Moscú. La guerra burocrática dentro de la O. N. U., llevada a cabo por el Estado de Israel y los países árabes, acusándose mutuamente un bando a otro de actos de agresión dentro o fuera del estado de guerra, no determinará, ni hoy ni mañana, al agresor ni tampoco al agredido, ya que este asunto corre a cargo de los dos supergrandes. Hay que repetirlo.

No es conflicto puramente militar o existencial entre el Estado de Israel y el mundo árabe. Se trata, más bien, de una lucha por la esfera de influencia que bien pudiera decidir la suerte de todo el continente europeo. No es un problema fácil de resolver. Por tanto, Europa como tal ha de tomar conciencia del mismo para evitar mayores desastres a sus expensas. ¿Unidad europea? Debería llegarse a ella, sólo que un nacionalismo francés, británico o cualquier otro no se han superado aún a sí mismos en virtud del principio universal de la convivencia (no coexistencia) de todos los pueblos, grandes o pequeños. Mientras Europa no consiga ser otra vez sujeto del acontecer internacional, no le quedará otro papel a desempeñar que el de un simple observador del juego entre Washington y Moscú.

S. G.

## NOTICIAS DE LIBROS

ARMIN MOHLER: *Vergangenheitsbewältigung*. Stuttgart-Degerloch, 1968, Seewald Verlag. 102 páginas.

La superación del pasado nazi en Alemania sigue siendo un problema que, en primer lugar, atañe a la nación y las nuevas generaciones han de ser formadas en el sentido de ocupar el país el puesto que por la naturaleza de las cosas le corresponde entre los demás pueblos y países.

Indudablemente, el problema de la superación del pasado en 1945 no es el mismo que hoy. Pasó a ser de un impulso moral a un instrumento de lucha política artificialmente alimentada desde dentro y desde fuera. El comunista Ulbricht, o toda la propaganda pro y filocomunista servida en abundancia desde el Este europeo, llega hasta a considerar la República Federal como continuidad del régimen nazi del Tercer Reich.

Mientras tanto, cualquier provocación de esta clase lanzada contra la República Federal encuentra a la mayoría de sus ciudadanos en una situa-

ción sin defensa. La guerra psicológica contra Alemania no ha terminado. Según las circunstancias políticas o militares, se adoptan nuevas formas y tácticas de lucha contra la existencia del pueblo germano. Veinticuatro años después de la terminación de la guerra, este hecho empieza a provocar entre los propios alemanes un ambiente de indiferencia, que pudiera complicar las cosas considerablemente. Una cosa es cierta: no pudiendo conquistar la República Federal o transformar su régimen democrático, por medio de la fuerza y de la violencia, se intenta minarla mediante una escalación psicológica junto a la escalación política.

En todo caso, el problema ha de ser reconsiderado y sometido a una crítica con el fin de nivelar definitivamente esta situación tan incorrecta en la vida del gran pueblo alemán—a pesar de su pasado nacionalsocialista.

S. G.



EUROPA ARCHIV

Bonn

Año 23, núm. 13, 1968

GRIFFITH, WILLIAM E.: *Europa, die Vereinigten Staaten und die Sowjetunion* (Europa, los Estados Unidos y la Unión Soviética), págs. 457-467.

A pesar de que es arriesgado pronosticar el futuro, estos pronósticos se han impuesto en toda su amplitud, ya que—al menos—pueden señalar un cierto camino de las posibilidades de desarrollo. Se trata, naturalmente, de pronósticos de carácter político. Siempre quedará la duda.

Dentro de esa duda constan algunos hechos irrefutables: la carrera competitiva en el campo de la estrategia, la inestabilidad de la situación en el llamado Tercer Mundo (con la posibilidad de intervenciones soviéticas), la laguna tecnológica, especialmente en el terreno militar (Gran Bretaña y Francia), no hay que menospreciar, tampoco ignorar, el policentrismo intercomunista o el papel que corresponde a desempeñar al problema de la reunificación o de la perpetuación de la división de Alemania. Finalmente, existe otro factor que puede influir en la configuración político-internacional de las superpotencias en los próximos diez años, y que es, pura y simplemente, la seguridad europea. En este caso, la U. R. S. S. hará todo lo

posible para que ésta se convierta en un asunto exclusivamente suyo.

El pronóstico del autor es el siguiente: no se llegará, en los próximos diez años, ni a una unión política europea ni a una distensión o no intervención soviético-americana, tampoco a una auténtica independencia. Lo más probable es que Europa siga siendo lo que es desde 1945, es decir, no será sujeto, sino objeto de la política mundial.

Año 23, núm. 14, 1968

CAMPS, MIRIAM: *Hat die europäische Idee noch eine Zukunft?* (¿Tiene la idea europea todavía un porvenir?), págs. 495-507.

La paralización de la unidad europea provocada por la actitud del Gobierno francés ha conducido a la duda, tanto en Europa como en Gran Bretaña, e incluso en los Estados Unidos, de si es todavía actual la concepción de la unificación del continente precisamente en relación con los problemas del presente y del futuro. ¿Es porque el general De Gaulle se haya dado cuenta antes que otros de que tal unidad no puede existir y propugna una línea completamente distinta? Naturalmente, todo depende de lo que se puede hacer en este sentido durante los últimos decenios del siglo XX.

Ha renacido una forma de nacionalismo un tanto anticuada debido a una serie de combinaciones raras: en Francia es De Gaulle, en Gran Bretaña la

crisis política después de la desintegración del Imperio, en América una diferencia de opiniones respecto a la formación académica, etc. Sin embargo, el fenómeno más importante puede ser considerado la internacionalización demasiado exagerada de la vida cotidiana.

En los próximos diez hasta veinte años, el proceso de institucionalización de las relaciones interestatales será, más o menos, asunto de aquellos países cuyas estructuras económicas estén más entrelazadas. En caso de la unificación de Europa, ésta pudiera liberarla de la interdependencia respecto de América y, por tanto, de los celos que por esta causa existen.

Año 23, núm. 15, 1968

ERICKSON, JOHN: *Konventionelle Kriegführung in der sowjetischen Kriegstheorie* (Beligerancia convencional en la doctrina soviética de la guerra), págs. 533-542.

La posibilidad de una guerra no nuclear, el papel de las fuerzas armadas convencionales y la revisión de la doctrina de la escalación nuclear automática han prevailecido en la nueva orientación del pensamiento estratégico soviético desde la destitución de Kruschchev, convirtiéndose, al mismo tiempo, en temas tratados en extensión por los representantes militares soviéticos.

«La réplica masiva» dio lugar a una «reacción flexible». Contra la «agresividad» americana los «soviets» propugnan un sistema dentro del cual pudiera darse una forma única de beligerancia sin ninguna clase de variantes, incluyendo las fuerzas del mar.

Lo que pasa es que esta «nueva doctrina», si así se la puede llamar, es, en un principio, algo rudimentaria, pero sin menospreciarla, en lo referente a la discusión que de la misma necesariamente emana. En cualquier caso, existen dos corrientes que, no obstante, han de servir como medios de y para la política soviética: el interés en armas convencionales como parte

de una política óptima en el campo militar; como parte de un vasto proceso de transformación del arte de guerra.

Ambos conceptos carecen de fondo, al menos por el momento, porque no cuentan, precisamente, con el apoyo de parte de la política.

TILLMAN, WERNER K.: *Die lateinamerikanische Wirtschaftsintegration nach Punta del Este* (La integración económica latinoamericana después de Punta del Este), páginas 557-566.

Según los resultados de la Conferencia de Punta del Este, del 14 de abril de 1967, hasta el año 1985 debería existir y funcionar un Mercado Común Latinoamericano con unos 400 millones de habitantes. Mientras tanto, la puesta en marcha del mismo es insatisfactoria, a pesar de que se trata de una empresa con repercusiones político-mundiales.

En América Latina aumentan las voces que postulan una revisión de la política de integración. No se trata tan sólo de problemas económicos o financieros, sino que las diferencias políticas entre distintos países del subcontinente (derechas contra izquierdas y viceversa) agudizan el problema de la realización de la idea. En este sentido, es imprescindible que todos hagan concesiones a la causa común y que prescindan a las pretensiones políticas de soberanía que en último término perjudicaría al conjunto de los países latinoamericanos.

Dada esta realidad, es casi imposible que no se llegue a una revisión del Tratado de Montevideo. Las condiciones de hoy son distintas de las previsiones de desarrollo de entonces.

Año 23, núm. 16, 1968

SCHREITER, MANFRED: *Aussen-Wirtschaftspolitik als Faktor der modernen Aussenpolitik* (Ciencia político-exterior como factor de la

moderna política exterior), páginas 593-598.

El diplomático debería comprender las bases de nuestra civilización tecnológica. Ha de ser un hombre que sepa aplicar los resultados del progreso a las posibles repercusiones sociales y políticas. Es decir, lo que crea el ingeniero ha de ser entendido por el político, tanto en el marco puramente nacional como internacional. En total, los hombres de la política deberían ser hombres íntegros, por lo menos dentro de su ámbito de formación intelectual.

Según la concepción norteamericana, el desarrollo de ciencias naturales y técnicas ejercerá, en el futuro, una determinante influencia en las decisiones de carácter político y económico. En último término, también la política exterior tendrá que acudir a ellas en virtud de la necesidad de ir llevando, constantemente, a cabo negociaciones internacionales. ¿Supertecnización de la vida humana? Puede ser.

Hoy día, la posición internacional de un país (República Federal de Alemania, por ejemplo) depende más de su nivel técnico, económico y científico en general que de factores políticos.

Año 23, núm. 17, 1968

BAUJSSIN, WOLF GRAF VON: *NATO-Strategie im Zeichen der Friedenserhaltung* (La estrategia de la NATO al servicio del mantenimiento de la paz), págs. 627-638.

Parece que también dentro de la estrategia de la Alianza Atlántica existe la doctrina de la llamada reacción flexible—esta vez, en contra de las consignas propagandísticas de los estrategas soviéticos, al servicio de la paz mundial. Naturalmente, es imposible prescindir de factores no solamente militares, sino aún menos políticos.

Resulta, a pesar de todo, que los miembros de la NATO no se ven afectados, por el momento, por una agresión directa, ya que una guerra

termonuclear es, en las condiciones actuales, prácticamente imposible. Sí, son posibles conflictos delimitados dentro de la propia Alianza, aunque tampoco probables.

El objetivo principal de la NATO sigue siendo el de la prevención de una guerra a gran escala y últimamente su función se ha extendido al campo de la conservación de la paz. Por cierto, el problema pendiente necesita de una estrategia y de una decidida política en cuanto a los medios a poner a disposición de dicho objetivo con el fin de resultar ser tal actitud eficaz contra posibles amenazas bélicas. Si no fuera así, se abriría, automáticamente, una brecha en el sistema defensivo occidental que, en ciertas condiciones políticas, bien pudiera, en efecto, hacer peligrar la paz mundial.

Año 23, núm. 18, 1968

WAGNER, WOLFGANG: *Europäische Politik nach der tschechoslowakischen Krise* (Política europea después de la crisis checoslovaca), págs. 651-658.

La ocupación militar de los países de Checoslovaquia es una agresión consumada. La argumentación soviética de que habían sido llamadas en ayuda de la conservación del orden por el Gobierno del país las tropas del Pacto de Varsovia no justifica, ni mucho menos, el hecho consumado. Al contrario, es una prueba de que los «soviets» están conscientes de obrar contra los principios jurídicos. Violaron los más fundamentales principios jurídico-internacionales junto a la Carta de la O. N. U., sabiendo que pueden hacerlo en virtud del derecho de veto de que disponen en el Consejo de Seguridad.

La invasión como tal debía haber sido una demostración del poderío militar de las fuerzas del Pacto de Varsovia. Mientras tanto, el resultado es exactamente contrario—los estrategas del Kremlin descubrieron su debilidad—. Por cierto, intentaron asegurar

su inmediata esfera de influencia creada entre 1944 y 1948, pero no consiguieron convencer a nadie de que la invasión de Checoslovaquia represente un poderío bélico suficiente como para constituir una base de agresión contra los países miembros de la N. A. T. O.

Ahora bien, parece ser, asimismo, equivocada la réplica de que la N. A. T. O. ha de ser reforzada, ya que el fondo del problema consistiría en saber utilizar adecuadamente las fuerzas de que se dispone. Una Europa libre, basada en una comunidad de miembros iguales en derechos y obligaciones, debería ser la pauta a proseguir. De otra manera, será difícil que deje de ser objeto de la política internacional.

Año 23, núm. 19, 1968

REISSMÜLLER, JOHANN GEORG: *Wie kommunistisch ist Jugoslawien?* (¿Hasta qué límite es comunista Yugoslavia?), págs. 699-708.

Los observadores se preguntan hasta qué punto es Yugoslavia todavía comunista, tanto en la política interior como exterior. Existe pluralismo dentro del Partido y en el seno de la Sociedad, asimismo autogestión económica y libertad individual. Por si fuera poco, Yugoslavia está al margen del campo socialista (aunque nunca en contra de él). No obstante, los ideólogos soviéticos no dejan de caracterizar a sus camaradas de Belgrado como revisionistas.

Este hecho confirma que los yugoslavos no están fuera del campo socialista, según los propios comunistas de Yugoslavia y también en opinión de los soviéticos. Lo que más preocuparía al Kremlin es la fuerza atractiva que ejerce el «camino yugoslavo hacia el socialismo». Hasta ahora, Yugoslavia puede estar satisfecha de los resultados conseguidos dentro del comunismo mundial. Estos resultados se justifican, precisamente, por este «camino yugoslavo...» Si Yugoslavia quiere conservar su posición como un ejem-

plo propio en el seno del comunismo, no le queda otro remedio que proseguirlo, lo cual significa que no podrá renunciar a más libertades políticas para sus ciudadanos, tampoco a la autogestión y consentimiento político, hecho que, en último término, significaría, en efecto, un pluralismo político.

Todo eso puede seguir practicando, mientras esté reconocido como parte del campo socialista el sistema yugoslavo de la construcción del comunismo. Sólo que esta premisa ha de fundamentarse en la conservación, en el respeto de los principios leninistas de estructura y de actividad del Partido, de la Liga de los comunistas de Yugoslavia.

S. G.

OSTERREICHISCHE  
ZEITSCHRIFT  
FUER  
AUSSENPOLITIK

Wien

Año 8, núm. 5, 1968

STRASSER, WOLFGANG: *Oesterreichs Mitwirkung an den Arbeiten der Vereinten Nationen im Jahre 1966* (Contribución de Austria a la actividad de la O. N. U. en 1966), páginas 283-304.

El año 1966 era para la O. N. U. un año de relativa tranquilidad, a pesar del conflicto hindú-pakistaní, de la declaración de independencia de Rhodesia en otoño 1965, asimismo pese a la agudización de la tensión en el Oriente Medio.

Los acontecimientos de más importancia se registraron precisamente dentro de la propia O. N. U., reelección de U Thant como secretario general, aplazamiento de la discusión sobre el problema vietnamita, toma de «algunas medidas» respecto a Rhodesia, etc.

La actividad de la República de Aus-

tria giró en torno a los siguientes problemas: El papel de la O. N. U., significado funcional del secretario general, la situación internacional de sus empleados, financiación de la Organización; en cuanto a cuestiones de carácter político, es el papel de intermediadora en relación con el problema del Tirol del Sur, China, Corea y Vietnam, esfuerzos encaminados a la salvaguardia de la paz, desarme y utilización del espacio para fines pacíficos, de la misma manera que de la energía atómica, descolonización o polémicas acerca de Rhodesia, Suroeste y Sur de Africa; también intervino dentro de la Comisión de derechos humanos en general, y en cuanto a la mujer, en particular. Con ello se relacionan sus trabajos en lo referente al problema de refugiados, económicos y jurídico-internacionales.

S. G.

## THE MIDDLE EAST JOURNAL

Washington

Vol. 22, núm. 3, Summer 1968

JAMES L. IWAN: *From Social Welfare to local government, the United Arab Republic* (Del bienestar social al gobierno local en la República Árabe Unida), págs. 265-267.

El papel de los gobernantes egipcios en el terreno del adelanto social ha sido descuidado por los expertos que han descrito y han evaluado la política de la República Árabe Unida (tanto respecto a lo interior como a lo internacional). Esto es particularmente sensible desde que se produjo la revolución de 1952. El progreso social planificado, como uno de los mayores objetivos de dicha revolución en el cuarto punto de la Carta Nacional de la R. A. U., era el establecimiento de la justicia social. En los países clasificados como naciones en subdesarrollo, el progreso social tiene un

papel político predominante. Y respecto a la R. A. U., el sector de influencia internacional de sus reformas se extiende a los otros países de estructuras árabes.

Las zonas rurales del campo egipcio constituyen el sector en el cual la labor de transformación nacional popular se ha ejercido y se ejerce con mayor intensidad; sobre todo en vista de que los obreros de la industria y la agricultura tienen reservado un tanto por ciento de puestos en todas las Asambleas nacionales y en los organismos directivos de la Unión Socialista Árabe, que es el principal organismo estatal.

La principal labor técnica en la transformación de los sectores campesinos provinciales consiste en coordinar los sectores privados con los gubernamentales; sobre todo para establecer centros de «autoridad» que puedan dotar al campo de todos los servicios necesarios, conteniendo así en parte la emigración hacia las grandes urbes. En Egipto las masas rurales componen el setenta por ciento de la población total y así sus problemas son los que han de afrontarse con prioridad. Una de las más importantes medidas ha sido el establecimiento de una red de Centros Sociales. Cada Centro se construye y funciona con la cooperación de una junta de todos los campesinos mayores de edad en cada grupo de aldeas, los cuales son orientados y encuadrados por técnicos del Gobierno en lo referente a servicios de higiene, educación y recreo, ayuda mutua benéfico-social, técnica agrícola, conciliación de pleitos rurales, etc. Cada Centro abarca una zona de 10.000 a 12.000 habitantes.

Existe también un Consejo Supremo de la Transformación Rural, Consejo presidido por el primer ministro, para coordinar los servicios de los distintos Ministerios respecto al campo y a sus organismos en lo regional rural. Todo ello con un intento cada vez más político que social. Se trata de realizar unos programas de autonomía, en los cuales los mismos aldeanos participan en sus propios planes de desarrollo.

ALEXANDER MELAMID: *The Shatt Al Arab boundary dispute* (La disputa fronteriza del Shatt el Arab), páginas 351-357.

La zona geográfica del delta del río Shatt el Arab, en el cual se juntan el Tigris y el Eúfrates, viene constituyendo uno de los sectores de más continuadas disputas fronterizas en todo Oriente Medio. El año 1639 un tratado establecido entre el Irán y el Imperio Otomano (predecesor del actual Iraq en aquella área) fue el primer intento de fijar fronteras fijas en el Shatt el Arab; pero no se hizo con referencia a puntos territoriales fijos, sino al uso de las distintas tribus nómadas y sedentarias de la región. Así no se fijó una línea de frontera continua, sino sólo una ancha faja de transición, donde los jefecillos de las tribus locales ejercían sus poderes efectivos. Sólo en 1847 se intentó marcar una verdadera frontera por medio del tratado de Erzerum (en cuya redacción no sólo intervinieron turcos y persas, sino los embajadores ruso y británico). Entonces fue cuando se le concedió y entregó al Irán la isla de Abadán, que hasta entonces había formado parte de las zonas árabes bajo soberanía turca.

La explotación de las riquezas petrolíferas, que se inició desde 1904, cambió los términos de la cuestión. Después de la primera guerra mundial, la compañía anglo-holandesa comenzó a extraer intensamente petróleos del lado iraní (sobre todo desde 1923), desarrollándose el nuevo puerto de Abadán, que se había inaugurado en 1912. Cuando Gran Bretaña rigió el nuevo país del Iraq, bajo Mandato, se estableció en el puerto de Basora una autoridad británica que regía el tráfico por todo el curso del Shatt el Arab y cobraba derechos de paso, incluso en los sectores iraníes por donde salía el petróleo. Cuando Iraq llegó a ser independiente quiso heredar las atribuciones inglesas en el Shatt el Arab, a lo cual el Irán se negó rotundamente. Iraq reclamaba además

la devolución de las zonas que Irán había entregado allí a Turquía, y alegaba que eran tierras árabes. Por intervención de la Liga de Naciones se llegó en 1937 a un acuerdo por el cual el Shatt quedaba abierto a los barcos de todos los países. Pero no se pudo llegar a fijar la frontera iranio-iraquí, que siguió provisional.

Después de la segunda guerra mundial por el Shatt el Arab tenían ya su salida los petróleos de ambos países ribereños (utilizando los del Iraq el puerto de Basora). El Iraq conserva en todo caso predominio en su control de salida, y eso origina frecuentes disputas, no sólo en el uso del río, sino en el estatuto de las poblaciones locales, pues los habitantes árabes del sector petrolífero iraní tienden a reclamar su integración al Iraq. Entretanto el Irán tiende a construir una nueva desembocadura portuaria y ferroviaria más al Este, para que sus petróleos no salgan por el Shatt, sino por el golfo vecino.

R. G. B.

### POLITIQUE ETRANGERE

París

Vol. XXXIII, núm. 4, 1968

HOLMES, JOHN W.: *Le Canada dans le monde* (El Canadá en el mundo), págs. 293-314.

Uno de los puntos más característicos en la posición actual del Canadá es el de enlazar su nacionalismo con su pacifismo. John W. Holmes resume esto diciendo que los canadienses ansían la supervivencia de un país al cual están ligados afectivamente, que les asegura un alto nivel de vida sólo superado por Estados Unidos y una excepcional libertad individual. Pero también añade: «Yo creo que la mayor parte de los canadienses estarían de acuerdo para decir que es más importante preservar y promover la paz en el mundo que defender la soberanía

canadiense». Por eso resulta muy difícil definir en términos convencionales los objetivos de la política exterior del Canadá. Uno de los motivos es que Canadá no puede prosperar, y ni siquiera podría sobrevivir en régimen de autarquía, pues depende del comercio internacional en mayor grado que cualquier otro país. El Canadá puede también ser definido como un país internacional porque su nacionalismo no es muy aparente en lo exterior, es binacional en lo interior y rechaza el ideal de una especie de tipo canadiense total que perjudicase su vocación de diversidad.

Estos son algunos de los motivos que hacen a los canadienses poner un entusiasmo especial en las Naciones Unidas. Hay entre ellos opiniones muy diversas e incluso contrarias respecto al papel que su país debe desempeñar dentro de la O. N. U. Sin embargo, parecen de acuerdo en apoyar todo lo que signifique fomentar la función mundial de los Estados que pudieran ser definidos como «potencias medias», evitando la hegemonía de cuatro o cinco grandes potencias abusivas. Precisamente el desarrollo de la expresión «potencia media» en relación con una teoría funcional de que cada nación debe tener responsabilidades adaptadas a sus capacidades particulares, ha sido fomentado por los canadienses.

El llamado «Tercer Mundo» es el sector donde la acción política, cultural y económica del Estado, la nación y el pueblo del Canadá tienden a ejercerse con mayor intensidad. Un ejemplo preferente es el incremento de las conexiones canadienses-japonesas. El Japón es definido por John W. Holmes como «la nueva fuerza más importante en nuestras relaciones internacionales»; ocupa el tercer puesto en su comercio y envía al Canadá emigrantes selectos como expertos especializados. En cuanto al África tropical es el semicontinente favorito de los jóvenes voluntarios graduados canadienses, para la ayuda técnica tanto en África francófona como en la de lengua británica unida a la Commonwealth. También hay misiones cana-

dienses de entrenamiento militar en Ghana y Tanzania.

En lo continental americano, los canadienses tratan de preservar su independencia y su originalidad frente a los gigantes Estados Unidos. Esta es una de las razones por las cuales no se han incorporado a la Organización de Estados Americanos. Además, desde el punto de vista canadiense, el llamado «Hemisferio Occidental» o Nuevo Mundo carece de significado, pues creen más bien en el «Hemisferio Norte» y consideran que la conocida como «América latina» es para ellos un continente extraño y difícil de comprender. Dentro del referido Hemisferio Norte, Gran Bretaña guarda para el Canadá el mayor prestigio, y se estima que la Commonwealth debe ser salvaguardada como instrumento de ayuda para allanar muchas dificultades en África y Asia.

En resumen, el Canadá, como potencia media, ha tratado y sigue tratando de desempeñar un papel mediador y pacificador, pero no siempre lo ha logrado eficazmente. Por eso los gobernantes canadienses creen en la posibilidad de modificar su política exterior, procurando una mayor vinculación a la O. T. A. N., que por su carácter multilateral les permite contrabalancear el continentalismo americano.

GLIGA, VASILE: *La politique étrangere de la République Socialiste de Roumanie* (La política exterior de la República Socialista de Rumania), páginas 315-330.

Hace varios años que la República Socialista de Rumania viene esforzándose en desarrollar sus relaciones internacionales con un número de Estados lo más amplio posible; tanto en lo político como en lo económico y cultural. El viceministro de Asuntos Exteriores, Vasile Gliga, hace un resumen de las líneas esenciales que determinan la actual política exterior rumana. Después de una etapa histórica relativamente breve, en que Rumania realizó la reorganización de la

economía y la vida social entera sobre bases socialistas, las fuerzas de producción en la industria y la agricultura han aumentado hasta doce veces con relación al año 1938.

Ahora Rumania se preocupa en primer lugar de la política exterior, la cual se basa sobre el principio del respeto de la soberanía y la independencia nacionales, la igualdad en derechos y el principio de no-injerencia en los asuntos internos de otros países. Las relaciones internacionales de Rumania con otros países no-pertenecientes a sectores socialistas se desarrollan según un ritmo de intensificación constante. El año 1948 Rumania sólo tenía relaciones diplomáticas con 25 Estados y en 1968 las tenía con 84, de los cuales 81 al nivel de Embajadas. En cuanto a lo económico y a la cooperación técnico-científica, las relaciones directas son con 100 países, y además Rumania toma parte activa en los trabajos de 70 organismos internacionales especializados.

El hecho de que fuese confiado, por unanimidad de votos, el puesto de presidente de la XXII Sesión de la Asamblea General de la O. N. U. al ministro rumano de Asuntos Exteriores, Cornelio Manescu, ha servido de aliento para reforzar el carácter constructivo de la política exterior de Rumania en el sentido de la confianza y la cooperación entre los más diversos pueblos y países.

R. G. B.

## RELAZIONI INTERNAZIONALI

Milan

Vol. XXXII, núm. 49, diciembre 1968

F. R.: *La conferma del primo ministro Eisaku Sato* (La confirmación del primer ministro Eisaku Sato), pág. 1.160.

El primer ministro japonés, Eisaku Sato, ganó una de las más importan-

tes batallas de su carrera política cuando el 27 de noviembre fue reelegido por tercera vez como presidente del partido liberal-democrático, y por eso automáticamente se vio confirmado como primer ministro por otros dos años. Tanto más prestigioso apareció aquel éxito, en cuanto un par de semanas antes Sato había tenido que registrar la derrota del candidato propio, en la elección del «Chief Executive» de Okinawa y las islas Ryukyu. En ella triunfó el candidato socialista Chobogo Yara, por 237.565 votos (el 53,52 por 100) frente a los 205.011 del liberal-demócrata Junji Nishime. Aunque el partido gubernamental, con sus aliados conservadores, ha mantenido sus 18 puestos de mayoría, frente a los 14 de la oposición en el seno de la Cámara Legislativa de Ryukyu, el fracaso de Nishime fue un duro golpe para Sato. Problema al cual los Estados Unidos había creído oportuno dedicar mayor atención, y así el 20 de noviembre se nombró en Washington, como nuevo alto comisario y comandante en jefe de las fuerzas norteamericanas de ocupación en Okinawa, al general James B. Lambert.

La coalición Miki-Maeo, que en el sector del lado gubernamental rechaza la política de Sato, concentra las críticas sobre la cuestión de Okinawa, calificando de «renunciataria» dicha política. La tesis de Miki es que el Japón aspira ardientemente a la restitución de Okinawa y las Ryukyu, aunque se dé cuenta de las exigencias militares del aliado estadounidense en el conjunto estratégico de Asia. Por esto no puede pretender el retorno inmediato del archipiélago, pero tampoco puede esperar hasta el infinito. Ahora bien, la conducta de Sato es inmovilista en el sentido que lo da todo a Washington y nada le pide. En realidad, debe comenzarse por pedir que Okinawa deje de ser una base atómica, iniciando así una «degradación» que pueda conducir a la devolución. Miki-Maeo y los suyos aceptan así la continuación de la alianza con Washington, pero también piden el reconocimiento de la existencia



de la China de Mao Tsé-tung para la paz y estabilidad de Asia.

El triunfo en las elecciones de noviembre ha permitido a Sato fortalecer sus capacidades de afrontar un compás de espera hasta las elecciones parlamentarias de 1970, donde habrá una dura confrontación con los socialistas. Sobre todo porque en el mismo 1970 estará en juego la cuestión de la renovación o la no renovación del tratado con los Estados Unidos, lo cual influirá sobre todo el continente asiático.

P. T.: *La rivincita del Baath in Irak* (El desquite del Baaz en el Iraq), págs. 1.164-1.165.

El golpe dado por los militares guiados por el coronel Nayef y el general Bakr fue el cuarto golpe de Estado que ha tenido lugar en el Iraq después de la caída de la monarquía en julio de 1958. Sin embargo, esta cuarta sacudida ha sido acogida con escepticismo por la mayor parte de la población del país, la cual sigue al margen de la vida política porque ésta se encuentra dominada por las diversas fracciones de una casta militar de la cual surgieron Kassem, Salem Aref y su hermano Rahmán Aref. Este último gobernó desde abril de 1966 hasta julio de 1968 mediante un tácito compromiso de equilibrio entre los pronasserianos y los baazistas moderados, pero sin llegar a aplicar ninguna política personal.

En realidad todo el período de los hermanos Aref estuvo caracterizado por un inmovilismo en el campo económico y político. A la vez se encontraba con la oposición del cartel de las empresas europeo-americanas concesionarias de los petróleos iraquíes, las cuales (y por esa misma hostilidad con Rahmán Aref) habían bloqueado la producción, bajándola hasta los niveles de 1961. En 1967 Rahmán Aref buscó introducir la influencia francesa como contrapeso a los intereses anglo-americanos, y así en julio dio por

una ley la concesión a la compañía francesa ERAP de todos los terrenos petrolíferos que en 1961 había confiscado Kassem a la Iraq Petroleum Company. Sin embargo, la decisión de concesión de Aref encontró una oposición general dentro del mismo Iraq, e incluso pareció ser la señal para que se organizaran y concentraran los grupos de oposición interna. Así, los oficiales conservadores, el ala moderada del nacionalista-socialista Baaz, los dos partidos comunistas disidentes y los kurdos minoritarios del Norte estuvieron de acuerdo para condenar las nuevas concesiones porque no daban garantías para un control del uso de los yacimientos.

Como otras veces en la historia del Iraq, el ejército fue el único terreno en el cual las alianzas políticas se concretan y se disuelven. Así se formó un grupo de trece generales (entre ellos el general Bakr), que en mayo presentaron a Aref unas peticiones, y a no ser escuchadas derribaron a Aref con un golpe inesperado e incruento. Los autores fueron el referido general Ahmed Hassan Bakr, que había sido vicepresidente de la República con el primer Aref, y el coronel Nayef, antes jefe de los servicios secretos. En la confusa composición del Gobierno de concentración que formaron, se notaba cierto predominio de los elementos baazistas del ala moderada. Pero esencialmente el interés general del nuevo y actual régimen de Bakr y los suyos parece quedar reducido a los fundamentos de los intereses y contra-intereses petrolíferos, que presionan en sentidos contrarios. En lo interior, el poder establecido por Bakr ha servido para sofocar, contener o aplazar una revuelta armada popular que se creía inminente con Rahmán Aref. Pero las medidas de represión no pueden hacer olvidar al pueblo iraquí, que el 90 por 100 de los ingresos petrolíferos son absorbidos por el ejército, lo cual hace más urgente para el régimen de Bakr una solución planificadora de los problemas económico-sociales cada vez más graves.

R. G. B.

